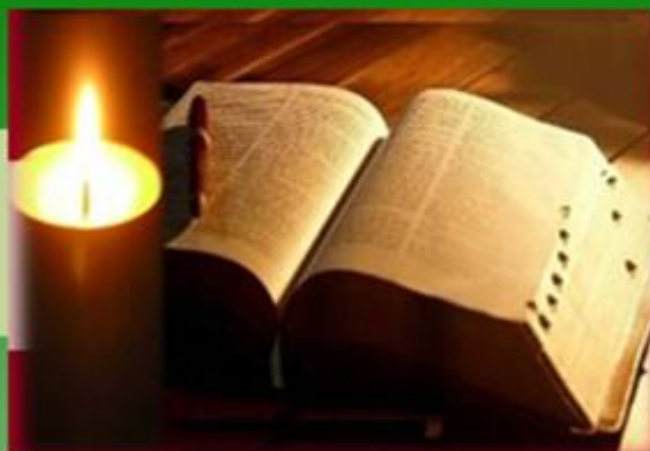


LECTIO



DIVINA

DOMINGO 19º



Ordinario

P. Carlos Pabón Cárdenas, C.M.

CICLO C



PADRES EUDISTAS
PARROQUIA SANTA MÓNICA
CALI - COLOMBIA





La Esperanza cristiana

Ambientación:

Hoy el Señor nos habla de nuestra *fe* y de la *vigilancia* que hemos de tener para que nuestro encuentro con Dios no cause sorpresa, sino gozo. Al reunimos en nombre del Señor, le hacemos presente en nuestra asamblea. Que su presencia avive nuestra fe y nuestra esperanza. El tema de la liturgia de este Domingo es *la Esperanza cristiana*.

1. PREPARACIÓN: Invocación al Espíritu Santo

Ven, oh Santo Espíritu,
llena los corazones de tus fieles.

Tú que ya has venido para hacernos fieles,
ven ahora para hacernos dichosos.

Tú que has venido para que, con tu ayuda,
pudiésemos gloriarnos en la esperanza
de la gloria de los hijos de Dios,
ven de nuevo para que podamos
gloriarnos también de su posesión.

A ti te concierne el confirmar, consolidar
perfeccionar y llevar a cumplimiento.

El Padre nos ha creado, el Hijo nos has redimido:
cumple pues, lo que a ti te compete.

Ven a introducirnos en toda la verdad,
al gozo del Sumo Bien,
a la visión del Padre,
a la abundancia de todas las delicias,
al gozo de los gozos. Amén.

(Gualtero de San Victor)

2. LETURA: ¿QUÉ DICE el texto?

Sb. 18, 6-9: «Castigaste a los enemigos y nos honraste llamándonos a ti»

La primera lectura nos recuerda la celebración de la *Pascua* entre los judíos, que significaba el centro de la vida religiosa y cultural del Pueblo de Israel. El libro de la Sabiduría les recordaba la historia de ese pueblo que esperó, en medio de las pruebas, la salvación; proclamó: «*aquella noche se les anunció de antemano a nuestros padres para que tuvieran ánimo al conocer con certeza la promesa de que se fiaban*». Y para ellos se abrió la aurora de su liberación al pasar milagrosamente el Mar Rojo.

Ese Pueblo sabe muy bien que, cuando abandona a Dios o se oscurece su fidelidad al Señor, cae en profundas desgracias y esclavitudes. Por eso, esta lectura es como un mensaje de *esperanza* en la presencia y protección de Dios y de *vigilancia* para no romper ni enfriar la alianza que se comprometió a observar. El libro de la Sabiduría nos dice cómo las personas santas del Antiguo Testamento vivían siempre listas esperando la visita y el juicio de Dios. En personas santas el amor a Dios va junto a la esperanza.





La noche de la primera Pascua fue una *noche de vigilia*. Así pudo el Pueblo estar atento al «paso de Dios» y salieron de Egipto «los hijos piadosos de un Pueblo justo». La vigilia es, por esto, una de las actitudes fundamentales del Pueblo de Dios, entendida como un acto de fe en la promesa y el juicio del Señor.

Salmo 33(32). «Dichoso el Pueblo a quien Dios escogió»

La felicidad y grandeza del Pueblo de Dios (Israel - Iglesia) no está en las batallas que haya ganado, ni en la prosperidad económica que pueda obtener con su ingenio, ni en sus tierras. La felicidad auténtica está en *saberse escogido por Dios* y en *saber responderle* con la alabanza y la fidelidad a la alianza. Dios es el que hace grande a este Pueblo pequeño e insignificante.

El salmo 33(32) celebra la *acción providente* de Dios en la **Creación** y en la **Historia**. La *creación* está vertida en toda una espiritualidad de la Palabra de Dios. Para el salmista hay un universo cargado de sentido. El Cosmos es un complejo ordenado que Dios ha creado por la Palabra (cfr. **Gn. 1**; **Sal. 8**; **Jb. 38-41**). También la *Historia*, con sus vicisitudes humanas y morales, pertenece a Dios. El señorío ilimitado de Dios es acontecimiento presente que transforma la visión superficial del mundo y ofrece unas realidades nuevas.

Hb. 11,1-2. 8-19: «Esperaba la ciudad cuyo arquitecto y constructor iba a ser Dios»

Comenzamos una lectura semicontinua, durante cuatro Domingos, de la segunda parte de la carta a los cristianos hebreos. Son exhortados a vivir intensamente la vida de fe. El **ejemplo de Abrahán** es, sin duda, el primero de los ejemplos que se pueden poner en este sentido. El Pueblo de los creyentes reconoce en Abrahán al *padre de la fe*. Su fe fue siempre la **adhesión obediente** a la promesa de Dios y, por tanto, una **fe esperanzada**. Esta carta les mostraba, con nombres propios, los de sus antepasados, que *la fe da seguridad a lo que se espera*, no una seguridad teórica sino vivencial, la que se experimenta en la realidad de la vida, caminando con el Dios fiel que lleva y acompaña.

Esta lectura nos ofrece ejemplos de personas que han vivido seriamente la realidad de la fe y han caminado bajo su luz. Por eso han descubierto los *signos de Dios* en sus vidas. Abrahán comprendió los signos de la presencia de Dios porque creyó profundamente.

Cuanto más confiadamente nos abandonemos en las manos de Dios, más fuertemente gozaremos de su presencia. Para ello se requiere una luz especial, un sentido peculiar, que llamamos *fe*. Nosotros acaso no los lleguemos a descifrar porque nuestra fe no es lo suficientemente fuerte y nuestra confianza en Dios es débil. Sin embargo, sigue siendo cierto que cuanto más confiadamente nos abandonemos en las manos de Dios, más fuertemente gozaremos de su presencia porque la fe es *tener la seguridad de lo que esperamos y la certeza de que lo alcanzaremos*.

En nuestras reuniones comunitarias solemos cantar: «Somos un Pueblo que camina...» Todo caminante tiene un *punto de partida*, un *recorrido*, un *punto de*





llegada. Necesita un *guía* que abra la marcha y sepa con toda certeza hacia donde va. La tragedia del desplazado es que es obligado a caminar sin saber a donde va y sin conocer su futuro. En la carta a los Hebreos hemos escuchado que por fe obedeció Abraham a la llamada y salió hacia la tierra que iba a poseer en heredad, y salió sin saber adonde iba, pero **el que lo llamó sí sabía**.

La mejor descripción sobre la fe cristiana en la Biblia es el capítulo once de la carta a los Hebreos. La fe es una seguridad confiada en la verdad de la Palabra y las promesas de Dios.

Las figuras de Abraham, Sara e Isaac están diciendo siempre al Pueblo que peregrina que la fidelidad al Dios de la alianza fundamenta la legítima expresión de la relación con Él. Vivieron ellos la experiencia de vivir en promesa *sin haber recibido la tierra prometida pero viéndola y saludándola de lejos, huéspedes y peregrinos en la tierra*. Y así aprendieron a caminar con Dios hacia una meta lejana.

Esta carta cobija con una sola palabra la vida de todos esos testigos de la historia de la salvación: **la fe como** «seguridad de lo que se espera, prueba de lo que no se ve» (*Hbr. 11, 1*).

Lc. 12, 32-48: «Estén preparados»

EVANGELIO DE JESUCRISTO SEGÚN SAN LUCAS

R/. Gloria a Ti, Señor.

³² «No temas, pequeño rebaño, porque a su Padre le ha parecido bien darles a ustedes el Reino.

³³ Vendan sus bienes, y den limosna. Hagan bolsas que no se deterioran, un tesoro inagotable en los cielos, donde no llega el ladrón ni la polilla corroe; ³⁴ porque donde esté su tesoro, allí estará también su corazón.

³⁵ Tengan ceñida la cintura y las lámparas encendidas, ³⁶ y sean como hombres que esperan a que su señor vuelva de la boda, para que, cuando llegue y llame, al instante le abran.

³⁷ Dichosos los siervos a quienes el señor, al venir, encuentre despiertos: yo les aseguro que se ceñirá, los hará ponerse a la mesa y, yendo de uno a otro, les servirá. ³⁸ Que venga a medianoche o de madrugada, si los encuentra así, ¡dichosos ellos! ³⁹ Entiéndanlo bien: si el dueño de casa supiera a qué hora va a venir el ladrón, no dejaría que le agujerearan su casa. ⁴⁰ Estén también ustedes preparados, porque cuando menos lo piensen, vendrá el Hijo del hombre».

⁴¹ Dijo Pedro: «Señor, ¿dices esta parábola para nosotros o para todos?» ⁴² Respondió el Señor: «¿Quién es, pues, el administrador fiel





y prudente a quien el señor pondrá al frente de su servidumbre para darles a su tiempo su ración conveniente? ⁴³ Dichoso aquel siervo a quien su señor, al llegar, encuentre haciéndolo así. ⁴⁴ De verdad les digo que le pondrá al frente de toda su hacienda. ⁴⁵ Pero si aquel siervo se dice en su corazón: "Mi señor tarda en venir", y se pone a golpear a los criados y a las criadas, a comer y a beber y a emborracharse, ⁴⁶ vendrá el señor de aquel siervo el día que no espera y en el momento que no sabe, lo castigará severamente y le señalará su suerte entre los infieles».

⁴⁷ «Aquel siervo que, conociendo la voluntad de su señor, no ha preparado nada ni ha obrado conforme a su voluntad, recibirá muchos azotes; ⁴⁸ el que no la conoce y hace cosas que merecen azotes, recibirá pocos; a quien se le dio mucho, se le reclamará mucho; y a quien se confió mucho, se le pedirá más.

Palabra del Señor.

R/. Gloria a Tí, Señor Jesús.

RE-LEAMOS la Palabra para interiorizarla:

A- Contexto:

Estamos en un doble contexto:

- a) La *formación de los discípulos* durante el camino de Jesús a Jerusalén (9,51-19,28)
- b) y la *reacción de los paganos convertidos*, en las comunidades lucanas, después del entusiasmo inicial y el prolongarse la venida del Señor.

Los discípulos tienen miedo (9,45) de la nueva perspectiva de la misión de Jesús, que deberá sufrir (9,22.43-44); continúa dominando en ellos la mentalidad de un *Mesías glorioso*, más seguro. Así también en las nuevas comunidades cristianas (años 80), comienza a retoñar el espíritu pagano. Mejor es esperar antes de convertirse estable y profundamente, poner a un lado el cambio de vida y mentalidad. Con tres pequeñas parábolas, Jesús hace reflexionar a los discípulos sobre el significado del *encuentro con Dios*, sobre el sentido de la *vigilancia* y de la *responsabilidad* de cada uno en el momento presente.

Conviene situar el fragmento de Lucas que leemos hoy -continuación del fragmento leído el Domingo anterior- como conclusión de esta primera etapa de las narraciones del camino a Jerusalén. En efecto, después de las exhortaciones anteriores, surge de nuevo, en primer término, la misma persona de Jesús como *profeta escatológico*: un profeta «*de fuego*», como Elias -¡otra vez!- y del sufrimiento -sumergirse en la muerte- como todos los profetas.



B- Comentario:

En el Evangelio, usando ejemplos y parábolas sencillas, Jesús quiere imprimir en nuestras mentes la *necesidad de vivir de acuerdo a la esperanza*, es decir, *atesorar valores espirituales y relativizar los materiales* (cfr. Domingo anterior). Es estar siempre dispuesto para la *visita misericordiosa* de Dios, siempre inesperada.

v. 32:

La imagen del camino, de los caminantes, del punto de partida, de los azares y peligros del camino, de la oscuridad, de las tentaciones y fatigas, y del feliz término de la marcha hace parte de la manera como podemos entender nuestra vida cristiana. El evangelio de san Lucas explota a fondo esa imagen: «*No teman, pequeño rebaño, porque su Padre ha tenido a bien darles el reino*».

Lucas ha recopilado en su evangelio unas palabras, llenas de afecto y cariño, dirigidas por Jesús a sus seguidores y seguidoras. Con frecuencia, suelen pasar desapercibidas. Sin embargo, leídas hoy con atención desde nuestras comunidades cristianas, cobran una sorprendente actualidad. Es lo que necesitamos escuchar de Jesús en estos tiempos no fáciles para la fe y la fidelidad.

«*No temas*»: es la gran preocupación de Jesús. No quiere ver a sus seguidores paralizados por el miedo ni hundidos en el desaliento. No han de perder nunca la confianza y la paz. También hoy somos un pequeño rebaño, pero podemos permanecer muy unidos a Jesús, el Pastor que nos guía y nos defiende. El nos puede hacer vivir estos tiempos con paz.

«*Pequeño rebaño*»: Jesús mira con ternura inmensa a su pequeño grupo de seguidores. Eran un grupo pequeño: **un rebaño** Pero para Dios eran importantes. Llamarlos **pequeño rebaño** evocaba cariño, solicitud, preocupación del Pastor. Tienen vocación de minoría. No han de pensar en grandezas. Así los imagina Jesús siempre: como un poco de «*levadura*» oculto en la masa, una pequeña «*luz*» en medio de la oscuridad, un puñado de «*sal*» para poner sabor a la vida.

Si Dios nos ha invitado a la marcha debemos excluir el temor. La fe, que es entrega confiada a quien nos ama, y el temor, que es inseguridad y angustia ante lo desconocido, son incompatibles. Ese rebaño, del que habla el Señor con evidente cariño, y añade: pequeño, es el grupo que lo sigue a todo lo largo de la historia. El es el Pastor. El sabe de donde viene y hacia donde va (Jn 8, 14). Viene del Padre de Dios y va hacia él pasando por un camino y una oscuridad que es su encarnación, su pasión y su muerte para finalmente llegar a la luz divina de la resurrección. Toda esa experiencia salvadora es lo que finalmente se llama el reino. A vivirla con él nos invita el Señor.

«*Porque a su Padre le ha parecido bien darles a ustedes el Reino*»: Jesús se lo recuerda una vez más. No han de sentirse huérfanos. Tienen a Dios como Padre. Él les ha confiado su proyecto del Reino. Es su gran regalo. Lo mejor que tenemos en la





Iglesia: la tarea de hacer la vida más humana y la esperanza de encaminar la historia hacia su salvación definitiva.

vv. 33-34:

Esa marcha exime de las preocupaciones de un voluminoso equipaje. : los bienes que poseían no eran definitivos ni lo principal. Eran bienes amenazados por el desgaste normal -la imagen de la polilla- y por agentes externos, los ladrones. El Señor dice: «*Vendan sus bienes y den limosna*», *tienen un tesoro que es Dios*», y ese tesoro reclama la totalidad del corazón. O sea, toda nuestra capacidad de pensar, de querer, de decidir, de amar. Acojamos hoy la riqueza del poseer a Dios, único bien. ¡Sólo Dios basta! Jesús ya había dicho lo de no acumular bienes (cfr. Domingo anterior: **Lc. 12,15; Mt 6,20-21**).

Los seguidores de Jesús son un pequeño rebaño, pero nunca han de ser una secta encerrada en sus propios intereses. No vivirán de espaldas a las necesidades de nadie. Será comunidades de puertas abiertas. Compartirán sus bienes con los que necesitan ayuda y solidaridad. Darán limosna, es decir «misericordia». Este es el significado original del término griego: ἐλεημοσύνην (*elemosynen* = acusativo singular de ἐλεημοσύνη = *elemosyne*, que viene del verbo ἐλεέω (eleeo = tener piedad, tener misericordia, ser benigno, generoso: cfr. **Mt. 5,7; 9,27**). Había pobres entre ellos. Sus bienes eran para ser compartidos mediante *la limosna*. La Palabra que relativiza las riquezas se escuchaba en lo íntimo de la conciencia: **Donde está tu tesoro, allí está también tu corazón**.

La comunidad cristiana había entendido el sentido de la libertad de bienes y la del compartir (cfr. **Hch. 4,34**) porque el tiempo se ha hecho breve (**1Co. 7,29-31**). La vida nueva en Cristo se convierte en el criterio para la posesión de cualquier bien (cfr. Domingo anterior: **Col. 3,1-5.9-11**).

v. 35-36:

Pero no podían olvidar que la fe nueva que habían aceptado les abría las puertas del misterio eterno de Dios. La imagen del caminante que no tiene morada estable, que va siempre hacia delante en busca de un destino les revelaba la totalidad del sentido de su vida.

Y empieza la marcha: «*Ciñanse la cintura... tomen las lámparas encendidas*». La imagen de ajustarse el vestido a la cintura, que era arremangarse la túnica, y amarrarla, para facilitar la marcha, indica la disponibilidad para caminar y para obrar. Para un Pueblo que usaba, y aún usa en algunas partes, vestidos largos era necesario arremangarse tanto para caminar como para trabajar. Elías se ciñe para correr (**1Re. 18,46**). Porque al Padre le ha agradado darnos el Reino, es necesario estar preparados para poseerlo, después de haber dejado todo impedimento. La conducta que Jesús recomienda a los que esperan su venida es la de ponerse a la obra, de no caer en la mediocridad (cfr. **1Ts. 5, 6-8; 1Pe. 5, 8; 1,13**). La *vigilancia* es fundamental para el cristiano. Más que una conducta moral es la *condición de vida*, una vez revestido de Cristo y dedicado a su Reino.





Y el caminar es incesante, incluso en la oscuridad, y es necesario llevar luz. **Las lámparas encendidas** suponen un caminar que no se detiene en la oscuridad de la noche. Pero viven en sus **casas** y viene alguien a quien hay que acoger: es el Señor. Estar atentos para **abrir la puerta**. Su llegada es una fiesta y se celebra un banquete donde el que invita es Dios mismo. Se da a ellos, les sirve su propia vida, hecha de Palabra y de Eucaristía.

El Señor mismo que va en la caravana es la luz y cada uno es luz en lo alto para iluminar. Al llegar al término del viaje se desajusta el vestido para descansar. Para la vida cristiana ese término es la estación final en Dios. Todo el tiempo es trabajo y compromiso.

vv. 37-38:

Durante el viaje del Señor hay responsabilidades para los que quedan. Un tesoro, el Reino, para guardar y vigilar. Una heredad, el mismo Reino, para defender. En esa marcha hay responsables. *Dichoso el criado a quien su amor al llegar encuentra atento. Lo pondrá al frente de sus bienes.* En la Iglesia hay dirigentes en diversas escalas. Lo es el Papa y los obispos, pero también lo es cada uno en el pequeño mundo que Dios le confía: su casa, su vecindario, su lugar de trabajo. Al responsable se le pide lucidez y entrega constante. Tarde o no el dueño en regresar, su oficio es de atención constante.

En comparación con el Domingo anterior, no se trata, por tanto, de insistir en el tema de las riquezas (lo cual podría suceder si se acentuara el primer párrafo del evangelio (v. 33), sino en la actitud de **vigilancia** que corresponde a los «hijos piadosos de un Pueblo justo» (primera lectura). Dicho de otro modo, y para recuperar el tema lucano: la **actitud vigilante** de la Iglesia como actitud profética, en medio de un mundo que **«no vigila»**.

La noche del retorno del Señor (v. 37) es, para todo cristiano, su muerte. Hay que estar atento, en la fe, como el Pueblo de Israel en Egipto. Para la historia humana, el retorno del Señor marcará el momento del juicio. Entonces todos sabrán el valor de haber vigilado en la fe.

v. 39-40:

«*Entiéndanlo bien: si el dueño da casa supiese a qué hora iba a venir el ladrón, no dejaría que le agujerearan su casa*». Un argumento para la vigilancia es el hecho de que no se sabe cuando vendrá el Señor (cfr. **Mt. 24,42-51**). Tanto el día del juicio final como el de la muerte individual son desconocidos. Su venida no puede ser prevista (cfr. **Ap. 3,3**). Esto impresionó mucho a los discípulos (cfr. **1Ts. 2,1-2**; **2Pe.3,10**).

En estas parábolas del dueño que se ausenta y deja incierta la hora de su regreso hay dos palabras que vienen a menudo: **Vigilancia** y **servicio** constantes. En lenguaje nuestro podemos entenderlas como lucidez, atención, concentración en el quehacer, responsabilidad y dedicación continua.





vv. 41-42:

Para mantenerse unida toda comunidad humana debe ser presidida. Y cuando es una comunidad de fe quien la preside está al servicio de Dios y de los hermanos. Esa comunidad primera que imaginamos, haciendo el recuerdo de Pedro, vive bajo **el administrador fiel y solícito a quien el amo ha puesto al frente de su servidumbre para que les reparta la ración a sus horas.**

Pedro, su hombre viejo, todavía piensa en cualquier privilegio: «Señor, ¿dices esta parábola para nosotros o para todos?»; dice eso tal vez por el hecho de que «*abandonó todo*» por seguir a Jesús (cfr. **Mt 19,27**). Jesús ayuda a madurar la conciencia de Pedro, respondiendo indirectamente con la parábola del buen administrador. La conversión es un proceso que dura toda la vida, incluso para los que se sienten cercanos al Señor.

Hemos de conjugar la vigilancia con la fidelidad al servicio que se nos ha confiado. Lucas usa «*administrador*» en vez de «*siervo*» (**Mt 24,45**) casi dejando entender la pregunta en boca de Pedro. Los jefes, en particular, deben ser fieles en el servicio. Ellos **no son los dueños**, sino los administradores.

El lenguaje es propio de una cultura que no es la nuestra pero la enseñanza es de siempre. Se recibe la confianza del Señor; se debe ser **fiel** al Dios que envía, y **solícito** ante los hermanos a quienes se es enviado. La conducta debe ser intachable así tarde el Señor en venir. En ningún momento se puede actuar como dueño de la comunidad sino como servidor de ella.

vv. 43-44:

Esa obra tiene un final marcado por el regreso del dueño y la necesaria rendición de cuentas con las consecuencias que siguen: aprobación y desaprobación. Encuentro final entre el Dios de la misericordia y la debilidad de nuestra condición. Esa esperanza no dispensa de la seriedad de nuestro compromiso actual.

vv. 45-46:

No dejar nuestra conversión para un mañana impreciso: «*Mi amo tarda en venir...*» (v. 45). Hay algunos que han acogido con entusiasmo el anuncio evangélico, pero ahora, de frente a las dificultades presentes y a los empeños consiguientes, comienzan a retomar las viejas costumbres: violencia, intemperancia, abandono a los instintos. Todos los valores contrarios al evangelio.

vv. 47-48:

El Señor dará a cada uno según sus acciones (cfr. **Mt 16,27**) y según la gracia recibida (cfr. **Ro. 11,11-24**). Judíos, paganos, convertidos o fieles a la propia religión serán juzgados según su propia conciencia. Porque grande será la comunión eterna con Dios. «Al final de la vida, seremos juzgados por el amor» (San Juan de la Cruz; cfr. **Mt 25,15-16**).





3. MEDITACIÓN: ¿Qué NOS DICE el texto?

Estar preparados

Dios llama inesperadamente en primer lugar a la hora de la muerte. Pero Dios también llama a través de nuestras vidas por ciertos acontecimientos, ciertas personas, ciertas inspiraciones que encarnan su llamada de gracia. Algunas veces reconocemos la llamada de Dios, algunas veces no.

La fe es inseparable de la esperanza. Del mismo modo, la fe es un camino de vida: actuamos de acuerdo con las realidades que esperamos. La historia bíblica y de la Iglesia están llenas de ejemplos.

Estemos siempre preparados para Dios. Vivamos cada día como si fuera nuestro último día. Vivamos de acuerdo a la esperanza. Porque esta es la enseñanza que sacamos de la parábola del mayordomo fiel y previsor.

Que no organicemos nuestra vida prescindiendo de Dios porque eso significa que nos dejamos arrebatarse y robar lo que verdaderamente tiene valor.

Hemos de tener una *actitud atenta y vigilante*:

- como el *siervo* que aguarda la vuelta de su amo,
- como el *dueño* que no sabe cuándo van a venir los ladrones,
- como el *administrador* que debe estar dispuesto a rendir cuentas de su gestión en cualquier momento que se lo pidan.

La seguridad de la FE

La carta a los Hebreos cobija con una sola palabra la vida de todos esos testigos de la historia de la salvación: la fe como seguridad de lo que se espera, prueba de lo que no se ve. El evangelio nos clarifica que la oscuridad de esa noche acompaña la peregrinación terrena del discípulo pero que una luz divina lo acompaña siempre dándole seguridad y confianza. La fe es la capacidad que el mismo Dios nos da para mirar la vida con claridad incluso en medio de las tinieblas. Ella nos hace caminar con pie seguro y corazón anhelante hacia el final. Si todo se nos hubiera dado, hecho y perfecto desde el comienzo, la vida cristiana no tendría esa experiencia de lucha, de perseverancia, de amor incansable en el Señor que nos ha invitado a caminar con él y hacia él. Y es esa lucha la que va dando realidad y presencia al plan salvador de Dios.

Dios nos ofrece el Reino

En el Evangelio de hoy, el Señor nos da una noticia que, de tanto saberla, no nos impresiona. Dios nos ofrece el Reino. Y Jesús nos advierte que estemos vigilantes para que no lo perdamos y para que no nos lo roben. Él señor sabe que «*donde está nuestro tesoro allí está nuestro corazón*». Por tanto, si Dios es algo valioso para nosotros, si



es un tesoro, en él estará nuestro corazón y nos esforzaremos en que nadie nos lo arrebathe ni lo robe.

¡Cuánto cuesta creerle al Señor! Nos insiste en que nos obsequia, nos regala el Reino y nosotros preferimos otras cosas que parece están más al alcance de nuestras manos ya que el Reino lo entendemos como «algo lejano y futuro». Jesús insiste en que estemos en vela y no dejemos perder la oportunidad.

A **nivel personal**, cada cristiano es llamado a «no andar distraído», a «no dormirse», incluso cuando crea que ha hecho cuanto tenía que hacer. Siempre hay que estar listos para una llamada definitiva, mientras no sea el Señor en persona quien llega.

A **nivel eclesial**, la vigilancia se manifiesta en la profesión de fe en un mundo sin Dios, en la plegaria constante de la comunidad reunida, en la atención a los signos de los tiempos leídos a la luz de la fe y con discernimiento de espíritus, en la dedicación sincera y comprometida a cuanto es en bien del hombre y para el honor de Dios. Velar significa estar listos para salir hacia «la ciudad bien fundamentada que tiene al mismo Dios por arquitecto y constructor» (cfr. la 2a. lectura). En definitiva, *velar es creer*.

4. ORACIÓN: ¿Qué **LE DECIMOS NOSOTROS** a DIOS?

Dios de bondad y misericordia,
perdona las debilidades de la Iglesia,
para que aumente su valentía y refuerce su fe.

Que a nadie le falte el pan
de cada día, la casa, el trabajo, la escuela
y todo lo necesario para
llevar una vida digna.

Concédenos que aumente en todos la fe,
la esperanza y la confianza en Tí.

*«Arda en nuestros corazones, oh Padre,
la misma fe que empujó a Abrahám
a vivir sobre la tierra como peregrino,
y no se apague nuestra lámpara,
para que vigilantes en espera de tu hora
seamos conducidos por ti a la patria eterna»*

Amén





5. CONTEMPLACIÓN - ACCIÓN: ¿Qué NOS PIDE HACER la Palabra?

La vida cristiana se vive hoy en un mundo que quiere desconocer la presencia del Señor en él. No puede leer que estamos en el tiempo que transcurre entre la marcha del Señor hacia el Padre y su regreso salvador. Desconoce esos pasos: marcha, duración, espera, encuentro final. En este tiempo, entre oscuridades y claridades, se nos invita a confesar ante el mundo nuestra fe viviendo una vida de compromiso con las realidades terrenas en la plena responsabilidad del discípulo fiel, y la esperanza de ese otro mundo al que nos quiere llevar el Señor para dar pleno cumplimiento a su designio de felicidad total para nosotros. Nuestro quehacer de hoy va construyendo el mundo futuro.

Relación con la Eucaristía:

La experiencia de la asamblea dominical es la de un Pueblo a quien el Señor ha escogido como heredad (responsorial). De ahí su alegría y acción de gracias. La participación en la misa dominical es, por sí misma, una experiencia de la llegada del Señor que «pasa» entre nosotros.

Reunirse para celebrar la Eucaristía es, ante todo, responder a una invitación de Cristo que reúne a su Pueblo. Por ello no se trata simplemente de participar en la Eucaristía «*cuando lo necesito...*», sino *cuando el Señor nos invita*. Y esto es el Domingo. Desoír con frecuencia esta invitación es hacerse cada vez más incapaz de percibirla. ¡Es «andar distraído»!

Algunas preguntas para meditar durante la semana:

1. ¿Cuáles son mis esperanzas y expectativas humanas?
2. ¿Doy un lugar a la esperanza cristiana en medio de estas expectativas?
3. ¿Qué sentimientos ha suscitado en mí la lectura del texto? ¿Miedo, confianza, sorpresa, gozo, esperanza, confusión...?
4. La vida cristiana: ¿Cuánto tiene para mí de gozo, cuánto de peso? ¿Cuánto es deber, cuánto es amor?
5. Ser vigilantes, fieles, trabajadores por el Reino, preparados: ¿Qué comporta a mi vida?

Carlos Pabón Cárdenas, CJM.

TIEMPO ORDINARIO - 5

